

Abrazar nuestra conflictividad: la lección del feminismo *mainstream*

Esther Marín Ramos

Doctora en sociología de la cultura
Crítica en *Pikara Magazine*

«Todas estamos aquí porque nos equivocamos de camino al ir a misa»
Poussey Washington en *Orange is the new Black*

EL FENÓMENO DE LAS SERIES *STREAMING* ESTÁ DANDO LUGAR ESTOS últimos años a una atomización de excelentes y arriesgadas producciones que han favorecido de manera sustancial al discurso feminista. La oferta ha cambiado tanto en este sentido que el feminismo ya no puede seguir considerando la ficción audiovisual como al tramposo enemigo de antaño, reproductor y potenciador de estereotipos de género disfuncionales, sino también (y parece que cada vez más) como a un valioso aliado de su causa. La confluencia entre la creatividad de las cineastas, un público más concienciado que nunca y un canal que retroalimenta oferta y demanda ha permitido que la cultura *mainstream* de la mano de las series se postule como una valiosa fuente de análisis del movimiento por la emancipación de la mujer y uno de los mejores vehículos para su divulgación social.

42

Sin embargo, como el cambio se está llevando a cabo de manera muy veloz, existe todavía cierta confusión a la hora de identificar a una serie o película como feminista, especialmente cuando olvidamos que se tratan de productos culturales que no solo están conformados de un material ideológico, sino también ficcional, artístico o simbólico que no puede ser interpretado de manera literal.

La ficción se nutre por un lado de un componente inconsciente relacionado con los temores y deseos personales de sus autor@s que, en la medida en que confluyen con los de un público extenso, van a determinar en parte el éxito y la repercusión de la obra. Pero, como ocurre en nuestros sueños, la ficción también se nutre de unos restos de realidad que tienen una función de vital importancia: conseguir la identificación del público y que la abstracción ideológico—ficcional atreviese la



[Mujeres incorrectas](#)

burbuja ideal y pueda materializarse. Esto hace que incluso en las producciones más feministas siempre se den trazos del patriarcado en el que vivimos. El objetivo entonces, respecto a la perspectiva de género, no es velar porque las producciones culturales visibilicen un empoderamiento idealizado de la mujer, sino la forma en que se resuelven los restos de la realidad sexista en la que vivimos y si las salidas que proponen constituyen aportes necesarios (dentro del contexto en que aparecen) de cara al objetivo feminista.

43

Por otro lado, la ficción tiene otra peculiaridad, que es la de tratar lo abstracto de manera concreta a través de una historia personal y subjetiva, de manera que lo ideológico se expone de forma indirecta y simbólica. Precisamente en esta cualidad descansa la mayor potencialidad comunicativa e instituyente (con capacidad de ofrecer alternativas) de una obra de ficción porque permite adentrarnos más allá de lo conocido, penetrar en ese territorio que dice el lacaniano Slavoj Žižek «es más real que la propia realidad» y que, de manera directa, resultaría inabordable porque lo impiden nuestros muros conscientes. Esto conlleva que, por un lado, no solo se puedan considerar feministas las narraciones audiovisuales que tratan de manera directa o más o menos literal el feminismo; y también que haya películas que puedan ser consideradas feministas porque contribuyan a la emancipación de las mujeres aunque ofrezcan miradas y aportaciones que no han sido consideradas nunca por la teoría o el activismo feminista debido a que, interpretadas de manera literal, resultan políticamente incorrectas. Pongo como ejemplo, la serie *Big little lies*, que propone acabar con una situación de

violencia machista a través del asesinato (llevado a cabo por mujeres) como factor redentor.

La nueva oleada de series online, de hecho, está mostrando una categórica tendencia por las antiheroínas, mujeres desastrosas, (como las de *Girls*, *Olive Kitteridge*, *Orphan Black*, *Better things*, *Glow*, *Fleabag*, *Marcela*, *Rita*, *Paquita Salas*, *The Marvelous Mrs. Maisel*, *The End of The F***ing World*, *Heridas Abiertas...*) incluso criminales (como las protagonistas de *El cuento de la Criada*, *Weeds*, *Orange is the new Black*, *Alias Grace*, *The sinner*, *Killing Eve*, *Westworld*, *Chicas buenas...*): todas estas producciones pueden considerarse feministas porque operan simbólicamente (por favor, no pueden interpretarse de manera literal, como a veces leo por ahí) a favor de la emancipación psico-social de las mujeres y subrayan un argumento nuevo y muy necesario a este respecto: la liberación del opresivo corsé de la docilidad, la reconciliación con nuestra conflictividad, la transgresión como forma de avanzar y propiciar el cambio deseado. Las chicas buenas, perfeccionistas o impecables han desaparecido prácticamente de la ficción audiovisual, pero esta nueva *femme fatale*, creada ahora desde la mirada de la mujer, no pretende recriminar la insurrección sino alentarla y convencernos, incluso, de que es lo que mejor que podemos hacer.

Una de las principales conclusiones del viaje que he llevado a cabo a través de la ficción audiovisual para comprender nuestra sociedad al escribir el ensayo *La (re)evolución social a través del cine* (2018), es que no es posible la evolución social, no es posible el cambio real eludiendo el conflicto, sin adentrarnos en aquello que se encuentra sin resolver. Ocurre entonces como en las buenas historias, como en las buenas películas: Sin confrontar lo extraño, lo oculto, lo diferente, no hay nada interesante que contar. La potencia de una historia, ya sea ficticia o real, reside en lo conflictivo. Y quizá eso explica por qué la mujer se ha encontrado tan menguada en nuestra sociedad. Hemos aprendido históricamente a plegarnos al deseo del otro, a convertir sus intereses en los nuestros, a representar el papel de observadoras, de apoyo, de conciliadoras, de afines (aunque no lo seamos). Hemos aprendido, en definitiva, a no ser problemáticas. Pero nada de ello tiene fuerza suficiente para protagonizar historia o relato alguno.

44

Hemos sido formadas en el deseo del hombre. Leyendo sobre sus pensamientos e ideas, sobre sus enfoques. Pretendiendo disfrutar a través de su deseo manifiesto en todos los ámbitos de la cultura: en el cine, en el conocimiento, en la estética en general, en las fiestas tradicionales, en la música, en el sexo... Parece mentira que aún así, o precisamente por eso, tantas mujeres hayamos necesitado desarrollar una perspectiva alternativa desde la que pensar la realidad. De hecho, no hubiéramos creado nada, si no hubiéramos tenido la necesidad de infringir de alguna manera el orden impuesto, aportando algo nuevo. El origen más profundo de toda nueva expresión creativa estriba en última instancia en la indignación; como ha mencionado más de una vez la prolífica Erika Jong: una de las cosas que te llevan a escribir es la agresividad.

Las mujeres no podemos contribuir a un cambio desde la corrección, desde el discurso pedagógico o instructivo, desde el hacer comprender,

«Una de las principales conclusiones del viaje que he llevado a cabo a través de la ficción audiovisual para comprender nuestra sociedad al escribir el ensayo *La (re)evolución social a través del cine* (2018), es que no es posible la evolución social, no es posible el cambio real eludiendo el conflicto, sin adentrarnos en aquello que se encuentra sin resolver.»



Mujeres incorrectas

desde el «cuidar el tono que ellos son capaces de tolerar», es decir: en ese lugar desde el que seguimos una vez más empleadas en el cuidado del otro, incluso, en la responsabilidad abrumadora de educar a una sociedad entera, como adalides de lo civilizado. Es necesario no solo que nos permitamos identificar nuestros propios deseos y emociones, sino también que nos consintamos exponerlos y desarrollarlos en nuestra vida convirtiéndonos en un problema. Solo así quizá obliguemos a que el deseo arrasador y abusivo, enquistado en el comportamiento patriarcal se limite. Porque no lo dudéis: implementar algo nuevo es irreductiblemente conflictivo y si no podemos soportarlo tendremos que seguir escondiéndonos tras las ventanas.

46

La incorrección ante la que nos expone las nuevas series *mainstream* está mostrando un aspecto del feminismo que no era posible percibir ni desde el ámbito académico ni desde el activismo. No es lo mismo defender teóricamente la importancia de romper con los estereotipos tradicionales que experimentarlo u observar cómo es la vida de las mujeres que los rompen; tampoco es lo mismo participar en un movimiento a favor de la igualdad de género que tratar de aplicar las premisas feministas a la vida personal, integrar la ideología con nuestros deseos más profundos, con los resortes de nuestra personalidad de los que somos menos conscientes. El intento de asimilar el feminismo a la esfera personal muestra innumerables dificultades y contradicciones y en la ficción podemos encontrar un canal de excepción para la expresión de nuestro enfado, de la impotencia que sentimos cuando la intención y el esfuerzo choca una y otra vez con estructuras que no solo son externas.

Tras la II Guerra Mundial, el cine generado desde la mirada masculina expresó la amenaza que supuso el cambio de los roles tradicionales femeninos en un momento en el que la mujer irrumpía en la vida social, política y económica, y entraba en competencia directa con los hombres que se incorporaban a un sistema productivo muy debilitado tras la guerra. La *femme fatale* del cine negro fue el chivo expiatorio de una sociedad en recesión, de la desubicación y la pusilanimidad que sintieron los hombres tras su vuelta de las trincheras. La coyuntura actual tiene demasiado en común con la de entonces, suenan amenazas—tes las cornetas de una ultra derecha en ascenso que considera al feminismo y la inmigración los responsables de la fragilidad sistémica. Como ya lo hiciera el fundamentalismo islámico, ante el cambio, el fascismo trata de hincar sus uñas para aferrarse a los antiguos feudos identitarios. Por suerte, la omnipotencia de la mirada masculina en la ficción popu—lar no es la de finales de los años 40 y con ello el patriarcado ha perdido un aliado de gran poder. Series como *El cuento de la criada* nos han puesto mundialmente en preaviso de lo que podría pasar a una sociedad que se dejara arrastrar por el discurso del miedo, de cómo podría en pocos años aniquilar los avances desarrollados desde hace más de un siglo. No sabemos si el desarrollo experimentado estos últimos años por la cultura popular en materia feminista será suficiente para frenar al mamut que trata de huir embravecido de un cambio cultural irreductible, pero sin duda es una de las manifestaciones más revolucionarias que han acontecido socialmente desde los albores del movimiento.

Si algo podemos aprender tras el fracaso del feminismo norteamericano ante el ascenso de Trump, es que la alianza con la cultura popular puede redundar en beneficio de la lucha contra el patriarcado, por eso hay que persistir en el uso de registros divulgativos, cercanos a las necesidades reales de las mujeres en su entorno. Un feminismo intelectualizado que desprecie las emociones y contradicciones corre el riesgo de provocar una reacción que concentre la inconsciencia reprimida y proyectar frente a él la irracionalidad más aberrante. Por eso considero vital amistarlos con aquella ficción capaz de sacudir los resortes del género de la sociedad más extensa, alentar y dejar paso a la juventud para liderar un feminismo cercano y comprensible, aplaudir sus registros y formatos culturales populares menos ortodoxos, pero también más arriesgados, espontáneos y reales.

De esta manera las mujeres quizá nos estemos convirtiendo ahora en algo lo suficientemente problemático para no poder eludirlo más. Para obligar al resto de la sociedad a volverse hacia nosotras, a mirarnos e intentar conocernos. En algo lo suficientemente problemático para acaparar el foco de la historia, la potencia de una historia propia que jamás debimos perder. Y, así, quizá consigamos alentar igualmente al hombre a confrontar lo conflictivo y no excluirlo que es en lo que consiste la auténtica heroicidad como nos revelan todas las mejores películas de la historia del cine y también la vida misma. —